

Hacia el diálogo de las culturas

Identidad y modernidad

Jorge Ruiz Dueñas

La coyuntura histórica política de inicios del siglo XXI plantea retos mayúsculos a la humanidad. El acento debe estar en la voluntad política para adaptar el aparato público a la realidad; la definición de un espacio orientado a la cohesión social y al diálogo entre las culturas y la expansión de nuestra diversidad impulsando la distribución del poder de decisión.

El mundo del siglo XXI se está interconectando a gran velocidad, las distancias se han volatilizado. También se han profundizado los diferendos entre las culturas por la presión migratoria y el activismo internacional, aunado a las tensiones nacionales en que se mueven ciudadanos a distinta velocidad. Nadie escapa a esto. Por ello, es preciso aumentar nuestra capacidad para acoger la explosión de la innovación tecnológica y el cambio social positivo, ante la tensión entre tradición y modernidad. Debe gestionarse el choque cultural porque es imposible estimular el desarrollo sin cambios. Requerimos asimilarlo incluyendo nuestra multiculturalidad. El desafío es desarrollar valores que postulen la eficacia, la transparencia y la equidad, mediante negociaciones en democracias de nueva gobernanza sin dejar de ser “nosotros”. La sociedad tecnológica ofrece ya la posibilidad de encauzar nuestra reflexión con lo mejor del mundo esgrimiendo un discurso intelectual original y crítico, aun con tiempos sicosociales diversos, exentos de la parálisis disfuncional y normas ajenas a la comunidad.

¿ACASO LA CULTURA NUNCA CAMBIA?

La identidad y la tradición son dinámicas. La libertad cultural está vinculada con la pluralidad. Hoy, en el planeta, además de reconocerse la multiculturalidad de los pueblos se requiere alentar la interculturalidad que desmonte la estratificación desbocada y la conformación de su capital cultural excluyente. El acento debe estar en: la voluntad política para adaptar el aparato público a la realidad; la definición de un espacio orientado a la cohesión social y al diálogo entre las culturas, complejo y de largo plazo; y la expansión de nuestra diversidad impulsando la distribución del poder de decisión sobre los contenidos y la afluencia de la cultura.

La sociedad, en la urgente necesidad de ganar mercados, ya no distingue entre obtener educación y satisfactores culturales o adquirir competencias; entre pensar o procesar información. Ahora la cultura se entiende como una meta globalizante obstaculizada por “guerras culturales”, según los heraldos de la homogeneización del norte, y a nuestras desgastadas consignas “antiimperialistas”, ellos oponen nuestra “perversa” pluralidad que erosiona su pureza.

A los neoconservadores les preocupa la diversidad y el multiculturalismo económicamente disfuncionales. Por ello se enfatiza la producción certificada, la ruta del mensaje, las prácticas exitosas y el consumo para la competitividad universal. Los estudiantes y los ciudadanos llegaron a ser “clientes” y el pensamiento fue remplazado por el procesamiento de datos. Pero si toda cultura viva en su concepción amplia no es estática, sino transformable, algunos rasgos ayudan u obstaculizan el progreso social y aun la democracia, porque la manera de pensar de una sociedad está vinculada con su capacidad de generar bienestar. El desafío es promover la eficacia económica, pero también la distribución de la riqueza, sin que ello signifique la pérdida de la identidad.

PERSPECTIVAS DE GRANDES CAMBIOS CULTURALES EN EL SIGLO XXI

El cambio se complica por la cohabitación cada vez más estrecha de una gran diversidad de culturas en el mundo. Cuanto más diferentes, mayor la probabilidad de tensión.

En ningún otro momento de la humanidad ha existido tanta diversidad ni fricciones tan profundas y masivas con efectos globales. El gran cambio del siglo XXI está caracterizado por el hecho de que las distancias se estrechan y la cohabitación es uno de sus problemas. Consecuentemente, la solución no es la universalización de sólo una cultura.

Por otra parte, según la capacidad para asimilar la innovación tecnológica y el cambio social positivo, subsisten en el mundo de manera concurrente culturas primigenias cerradas y culturas que podrían trascender el estadio postindustrial, más proclives a adaptarse a las condiciones emergentes. Pero la coexistencia desencadena conflictos importantes por la desigualdad para generar y asimilar la novedad. Lo cierto es que la tensión entre las culturas aumenta proporcionalmente a la brecha de sus diversidades y a la distancia de contacto.

LOS MÁS DESARROLLADOS TAMBIÉN ESTÁN EN PROBLEMAS

Así, cuanto más rígidas sean las relaciones en una cultura, menor su capacidad para afrontar la novedad. Por otra parte, la innovación se expande más de prisa que la capacidad de las distintas culturas para asimilarla. Hasta los más aptos están ahora desbordados por la explosión, gestada a mayor velocidad que su capacidad para digerirla. Una simple mirada a la información mundial nos habla de la posibilidad de que se produzcan más tensiones graves a causa de la presión migratoria insostenible, la protesta justa y el terrorismo internacionales.

Igualmente importante es que en los ámbitos nacionales hay ciudadanos a distinta velocidad y forman grandes poblaciones que necesitan protección como resultado de: la brecha digital; la inmigración a gran escala; el envejecimiento poblacional, y los ciudadanos orientados al pasado por la sobrecarga de novedad.

Las tensiones internacionales y las nacionales dibujan un escenario de problemas agudos relacionados con la incapacidad de las culturas actuales para proporcionar pautas, recursos, estructuras cognitivas y motivaciones que permitan manejar mejor la conflictividad producida por el cambio intenso. Acaso, instalados en el porvenir, ya descubrimos que no será posible contener las presiones migratorias porque la promoción del crecimiento económico de las regiones emisoras es insuficiente y las más desarrolladas continúan acechadas por crisis cíclicas. Ninguna de las culturas actuales puede confrontar sola el futuro. La evolución es el único camino para alcanzar una cohabitación constructiva y amortiguar la explosión de la novedad: una interculturalidad activa y de calidad para oponerla a las fuerzas disruptivas que afectan al mundo, porque la ciencia y la tecnología no sólo proveen soluciones a los problemas, también los producen. Nunca antes la humanidad dispuso de tantos recursos y competencias científicas como ahora. Hay una aparente ausencia de fronteras para el



El gran patio del Museo Británico, Londres, Inglaterra

conocimiento. Sin embargo, ¿somos más felices? Nadie desea volver atrás. Mas no es posible que esta acumulación de poder sobre la naturaleza sea inextinguible.

MODERNIDAD Y TRADICIÓN EN LA DIVERSIDAD: EL MUNDO REAL

Es necesaria la disposición al diálogo. El consenso requiere la aceptación nacional del cambio cultural. Superar la dialéctica de la negación del otro y su trayectoria discriminatoria. Se precisa, pues, de compromisos políticos y establecer los alcances del pacto en torno a metas colectivas.

La identidad es un proceso que conlleva la integración de los mestizajes. Su decantación sedimenta un legado plural. Sin embargo, es inevitable aceptar influencias, pues hay valores de orden universal. Las nuevas generaciones viven no sólo los valores históricos y la vitalidad de la tradición, sino también los generados en otras partes de la Tierra. Empero, la modernidad no significa desechar la tradición ni incorporar la uniformidad impuesta por el proceso global. La transformación ha de basarse en la matriz multicultural propia para hacer de ella una afirmación de la vida. Justamente este es el “espíritu del tiempo” que nos instala como ciudadanos del mundo.

CÓMO TRANSFORMARSE SIN MORIR EN EL INTENTO

La cultura representa una visión del universo, transformarla acarrea modificar el entorno. El *momentum* tecnológico es la imagen de un tiempo que dice liberarnos de imposiciones y dogmas. Nunca como ahora conocer y re-conocernos en la obra de todos los hombres ha sido tan importante. También, el diálogo y el intercambio. Pero hoy la existencia se construye sobre una idea de movilidad absoluta, de progreso infinito. Con base en tal utopía se piensa que todo tiempo futuro será mejor. Esto reaviva la frivolidad en torno al concepto de modernidad construido en Occidente como único derrotero, geocéntrico y etnocentrista. Pero la multipolaridad global ha mellado tal versión, cuando sociedades vetustas como los países de la Cuenca del Pacífico han abordado exitosamente industrias de punta.

Es indeseable imitar sin pensar o multiplicar lo superado. La sociedad tecnológica nos ofrece la posibilidad de encauzar nuestra reflexión con los mejores hombres y mujeres del mundo, pero esgrimiendo un discurso intelectual original. Ser modernos no significa instaurar una forma de vivir y de pensar absolutamente nueva, ello es negar y reprimir el pasado, confinar al folklore la identidad cultural, renunciar a la voluntad de autono-

mía. Tolerar y aceptar, adaptarse, sobrevivir: esa es la consigna.

LAS SOCIEDADES NO TIENEN NI DESTINO MANIFIESTO NI VOCACIONES O DEFECTOS DEFINIDOS PARA SIEMPRE

Al mito polarizador de modernidad o tradición hay que oponer la dinámica histórica. La intolerancia y el debate infinito son síntomas de ese conflicto. El concepto unidimensional de tradición parece representar inmovilismo, con resistencia al cambio y rechazo a la diversidad. Pero, paradójicamente, quienes desean la uniformidad, al igual que este superado concepto de tradición, imponen similar dictadura sobre las minorías: tanto la imposición histórica como la uniformidad desplazan la tolerancia. Mas la modernidad es sólo un marco de referencia que requiere ponerse al día mediante la crítica constructiva y el ejercicio de la memoria histórica. La autodenigración y la reivindicación acrítica de todo lo nuestro son síntomas de esclerosis y coartadas para la repetición. Necesitamos erradicar estos prejuicios en que se aprisiona la energía creativa. Someter a juicio las nuevas y viejas manifestaciones, generar, regenerar e incluso desacralizar expresiones para afirmar y renovar a la vez.

RESISTENCIA AL CAMBIO Y EL CAMBIO PARA RESISTIR

Hoy es preciso reconocer la multiculturalidad de los pueblos y alentar la interculturalidad. Pero este reto lleva implícito convivir con la potencialidad del conflicto. El diálogo de las culturas no impone la permanencia sino la evolución de las tradiciones, un nuevo ciclo civilizatorio. Desacreditado el pasado o el presente, todo parece una sucesión de pestes o ascensos. Pero no es preciso renegar del ayer para ser modernos. Los multimedia de nuestro tiempo son propicios para el diálogo que acerque a la sociedad de la información a la verdadera complejidad del mundo.

Ciertamente, la cultura no es una expresión extraña a la política. No es ajena a los fenómenos de la hegemonía y el poder. Por ello, la tarea de su rostro gubernamental supone asumir las posibilidades de la transformación: un itinerario, un esfuerzo distributivo deliberado y políticas públicas para integrar los verdaderos elementos de lo universal. **U**

Este texto retoma puntos esenciales de la conferencia inicial del autor impartida en el Observatorio Itaú Cultural de São Paulo con motivo del Seminario Políticas e Gestão Cultural na América Latina do Seculo 21: Diálogos e Reflexões, de finales de marzo. El ensayo presentado sustenta no sólo conceptos propios, sino la coincidencia o divergencia con otros autores (Josep Burcet Llampayas, Pierre Bourdieu, Richard A. Peterson, Bernardo Kliksberg, Luciano Tomassini, Daron Acemoglu, James A. Robinson, el *Manifeste Convivialiste*, Jeremy Rifkin, Martín Hopenhayn) consignados en el documento de próxima publicación.